

EL ROBLE DEL OGRO

CUENTO TRADUCIDO POR ASSIA ABDI AMAMOURI

NOTA PRELIMINAR

Reproducimos a continuación “Le chêne de l’Ogre”, cuento beréber, recogido y traducido al francés por la escritora Taos Amrouche, publicado en el libro *Le grain magique, contes, poèmes et proverbes de Kabylie*, París, La Découverte/Poche, 1996. Hicimos traducción al castellano en 2004 en el marco de una actividad cultural realizada por la «Asociación Presencia Argelina».

* * *

Se cuenta que en tiempos remotos, había un anciano que se empeñaba a vivir y a esperar la muerte, solo en su casucha. Vivía fuera del pueblo y jamás entraba ni salía, porque estaba paralizado. Había arrastrado su cama hasta la puerta para poder tirar del pestillo, con ayuda de un hilo. Ese anciano tenía una nietecita, a penas salida de la infancia, que le llevaba todos los días su almuerzo y su cena. Aïcha venía desde la otra punta del pueblo, enviada por sus padres que no podían cuidar del anciano.

La niña le llevaba una torta y un plato de cuscús y cantaba nada más llegar:

—Ábreme la puerta, ¡oh, Baba Inuba, oh Baba Inuba!

Y el abuelo respondía:

—Haz sonar tus pulseritas, Aïcha, hija mía.

La niña hacía chocar sus pulseras, una contra otra y entonces el abuelo tiraba del pestillo. Aïcha entraba, barría la casucha, ventilaba la cama, luego servía al viejo su almuerzo y le daba de beber. Después de estar con él mucho tiempo, se marchaba, le dejaba sereno y a punto de dormirse. La niña contaba todos los días a sus padres cómo había cuidado de su

abuelo y todo lo que le había contado para distraerle. El abuelo gustaba mucho verla llegar.

Pero un día, el Ogro vio a la niña, la siguió a escondidas hasta la casucha y la oyó cantonear:

—Ábreme la puerta, ¡oh, Baba Inuba, oh Baba Inuba! —oyó al viejo contestar:

—Haz sonar tus pulseritas, Aïcha, hija mía.

El Ogro pensó: Ya sé. Mañana volveré, repetiré las palabras de la pequeña, el abuelo me abrirá y lo comeré.

Al día siguiente, antes de que la niña llegara, el Ogro se presentó frente a la casucha y dijo con su voz ronca:

—Ábreme la puerta, ¡oh, Baba Inuba, oh Baba Inuba!

—¡Lárgate, maldito! —le contestó el viejo. ¿Crees que no te he reconocido?

El Ogro volvió muchas veces, pero el viejo, cada vez, adivinaba quién era hasta que, al final, el Ogro fue a ver al brujo.

—Hay un viejo impotente, le dijo el Ogro, que vive fuera del pueblo. No quiere abrirme porque mi voz ronca me traiciona, indícame la manera de tener una voz tan fina y clara como la de su nieta.

El brujo respondió:

—Úntate la garganta de miel y tumbate en el suelo, al sol, con la boca bien abierta. Las hormigas entrarán y aclararán tu garganta, pero, en un solo día, tu voz no se aclarará.

El Ogro hizo lo que le recomendó el brujo: compró miel, se llenó la garganta y se tumbó al sol con la boca bien abierta. Un ejército de hormigas entró en su garganta.

Después de dos días, el Ogro se acercó a la casucha y cantó:

—Ábreme la puerta, ¡oh, Baba Inuba, oh Baba Inuba!

Pero el anciano le reconoció una vez más.

—¡Lárgate, maldito! —le gritó—, sé quién eres.

El Ogro se marchó.

Comió más y más miel. Se tumbó horas y horas al sol. Dejó que legiones de hormigas entrasen en su garganta y saliesen de ella. Al cuarto día su voz se aclaró tanto como la de la nieta. El Ogro se acercó de nuevo a casa del anciano y cantó:

—Ábreme la puerta, ¡oh, Baba Inuba, oh Baba Inuba!

—Haz sonar tus pulseras, Aïcha, hija mía —contestó el anciano.

El Ogro que traía con él una cadena, la hizo sonar. La puerta se abrió, el Ogro entró y devoró al anciano, luego vistió su ropa, tomó su asiento y esperó a la nieta para devorarla también.

Y la nieta llegó. Pero en cuanto llegó a la casucha, se dio cuenta de que había sangre que corría debajo de la puerta, y pensó: “¿Qué le habrá pasado a mi abuelo?”. Cerró la puerta desde el exterior y cantó:

—Ábreme la puerta, ¡oh, Baba Inuba, oh Baba Inuba!

El Ogro respondió con su voz fina y clara:

—Haz sonar tus pulseras, Aïcha, hija mía.

La niña que no reconoció la voz de su abuelo, dejó la torta y el cuscús en el suelo y corrió hacia el pueblo para alertar a sus padres.

—El Ogro se ha comido al abuelo —gritó llorando. He cerrado la puerta y él está dentro, y ahora, ¿qué vamos a hacer?

El padre salió para anunciar la noticia en la plaza pública. Entonces, cada familia ofreció un haz de leña y todos los hombres acudieron, de todas partes, para llevar la leña hasta la casucha e incendiarla. El ogro intentó huir, derrumbando la puerta pero no lo consiguió y así fue como murió quemado.

Al año siguiente, en el mismo lugar donde fue quemado el ogro, un roble creció, y se le llamó “*el roble del Ogro*”, que, desde entonces, se enseña a los visitantes.

Mi cuento es como un arroyo, y lo he contado a caballeros.

